



GUISLAIN

LECCIONES
SOBRE LAS
FRENOPATIAS

BF885

.T3

G5

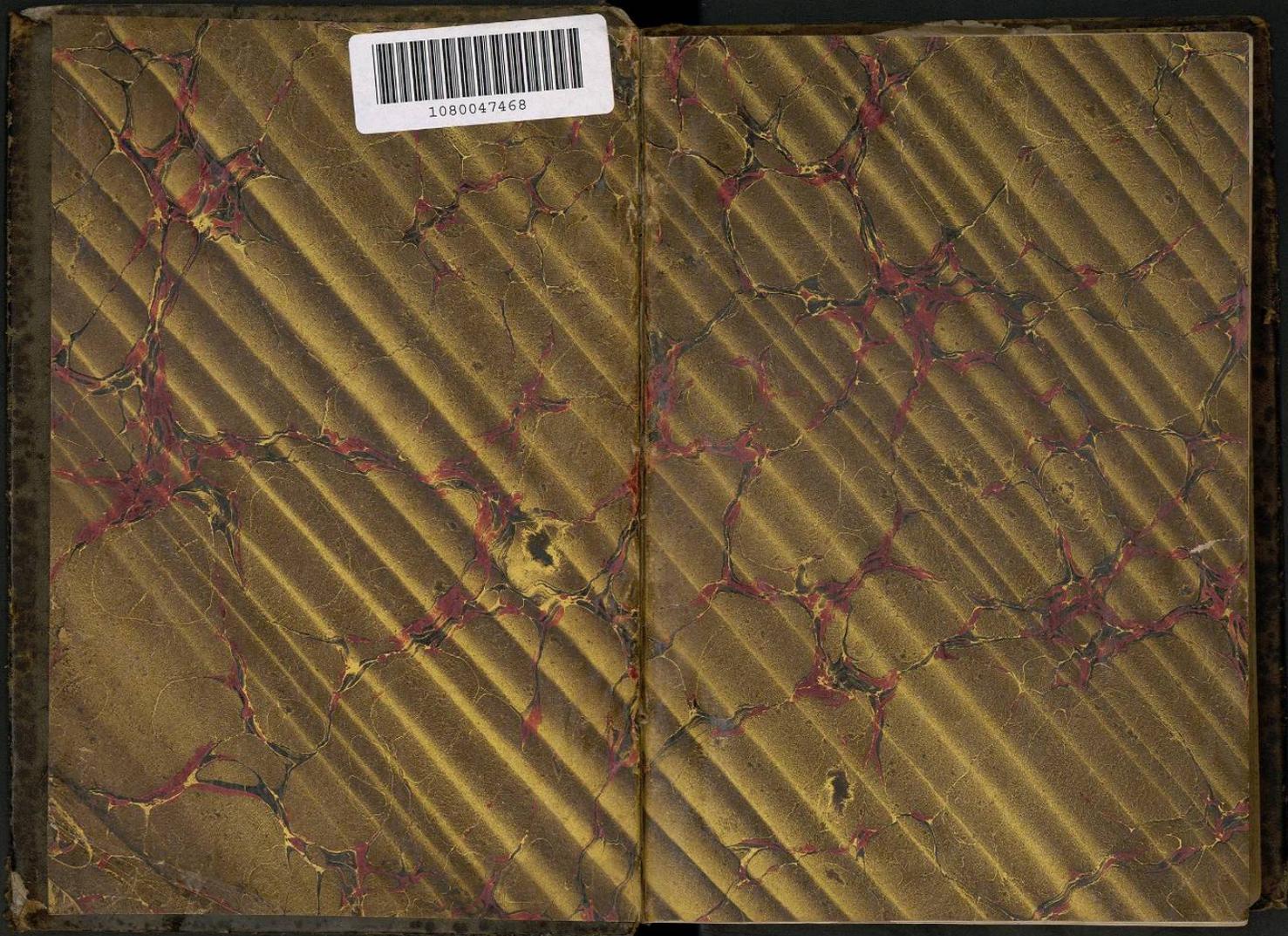
V.1

C.1

616



1080047468



LECCIONES ORALES

SOBRE

LAS FRENOPATÍAS

6/6
G.

REDACCION

DE LA

BIBLIOTECA ECONOMICA DE MEDICINA Y CIRUJIA

D. Manuel M. Carreras.
Isidoro de Miguel.
Joaquín Torres.

D. Rafael Ulecia.
José Ustáriz.
Cárlos de Vicente.

BIBLIOTECA ECONOMICA DE MEDICINA Y CIRUJIA

LECCIONES ORALES

SOBRE

LAS FRENOPATÍAS

TRATADO TEÓRICO Y PRACTICO

DE

LAS ENFERMEDADES MENTALES

Curso dado en la Clínica de los Establecimientos de enagenados de Gaste

POR EL

DR. J. GUISLAIN

Profesor de aquella Universidad

VERSION ESPAÑOLA DE

M. CARRERAS SANCHIS Y J. TORRES FABREGAT

CON UN PRÓLOGO DEL

DR. D. JOSE ESQUERO Y ZARAGOZA

Médico del Hospital General de Madrid y Director propietario del Manicomio de Carabanchel Alto

y una carta dirigida a dicho señor sobre las

CONFLICTOS ENTRE LA FRENOPATÍA Y EL CÓDIGO

POR EL

DOCTOR ANGEL PULIDO FERNANDEZ

TOMO PRIMERO

MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE TEODORO

calle de Atocha, número 80

1881



BF 885
T3
I5
V.1

OBRAS PUBLICADAS

FOR LA

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE MEDICINA Y CIRUJIA

BUCHHOLTZ Guía elemental del Médico práctico. (Resúmen de Medicina, Cirujía y Terapéutica.)—Version española del Dr. M. Carreras Sanchis.—Un tomo de más de 400 páginas.—Precio: 26 reales en Madrid y 30 en provincias.

DAMASCHINO Enfermedades de las vias digestivas. Lecciones dadas en la Facultad de Medicina de París.—Traducción del Dr. M. Carreras Sanchis.—Un tomo de 600 páginas.—Precio: 36 reales en Madrid y 40 en provincias.

RIZZOLI Clínica quirúrgica, *Memorias de Cirujía y de Obstetricia.*—Version española del Dr. D. José Ustáriz, con un prólogo del Excmo. Sr. Dr. D. Juan CREUS y Manso, Catedrático de Patología quirúrgica en la Facultad de Medicina de Madrid.—Dos abultados y elegantes tomos, con numerosos grabados.—Precio: 68 reales en Madrid y 72 en provincias.

VULPIAN Clínica médica del Hospital de la Caridad.—El notable libro del ilustre Doctano de la Facultad de París, cuya traducción ha sido a cargo de los Sres. D. Joaquín Torres Fabregat y D. Carlos de Vicente, forma un tomo de muy cerca de 700 páginas.—Precio: 42 reales en Madrid y 46 en provincias.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

CONFLICTOS

ENTRE

LA FRENOPATÍA Y EL CÓDIGO

CARTA DIRIGIDA AL DR. ESQUERDO (1)

Sr. D. José ESQUERDO.

Mi distinguido maestro y apreciado amigo: Los que dedicamos preferentemente al cultivo de ese amargo y escabroso campo de la humanidad enferma nuestras facultades todas, ilustradas y dirigidas por la herencia intelectual de los que nos precedieron en la misma obra, y alentadas por el estímulo de nuestra vocación, advertimos sobradamente impresionados por un extraño sentimiento — tal vez amalgama de dolor y de sorpresa — ese conflicto que todavía

(1) Tenemos la inmensa satisfacción de insertar al frente de esta obra la notable carta que el elegante escritor médico Dr. D. Angel Pulido Fernandez leyó el jueves 17 de Marzo de 1881 en la Facultad de Medicina de Madrid. Gracias a la galantería de dicho señor y a la fina amistad con que nos honra, podemos ofrecerla a los lectores de la Biblioteca económica antes de que se publique la obra que tiene en prensa el Dr. Pulido acerca de *El cerebro humano, su textura, sus funciones y sus extraviós*, de la cual debe formar parte.

Al propio tiempo que agradecemos a nuestro querido amigo tan honrosa distinción, anunciamos a los suscritores de la Biblioteca que el prólogo del Dr. Esquerdo verá la luz en el tomo segundo de este *Tratado de frenopatías*.

LA REDACCION.

surge amenudo entre dos ramas de los conocimientos humanos, que para la más perfecta realizacion de sus destinos debieran marchar unidas siempre que ambas intervienen, á manera de alma que aconseja y cuerpo que realiza, y que, desgraciadamente, en muchos casos pónense la una frente á la otra defendiendo intereses encontrados y aspiraciones opuestas: sospechara usted ya que hablo de la Frenopatía y del Código.

En España, lo mismo que en Francia y en los demas pueblos cultos, pronuncian de vez en cuándo los tribunales de justicia sentencias que merecen la reprobacion de los hombres consagrados á estudiar los desórdenes de la mente humana. No debo recordar sucesos de nuestro país, porque despréndese de cuanto á uno propio atañe como cierta especie de nube que, ocultando las más puras intenciones, refleja en cambio, á la contemplacion de aquellos que ven las cosas con distintos ojos que nosotros, matices de apasionamiento y de egoismo. Mas si para autorizar la exactitud de este juicio fuera necesario concretar afirmaciones en materia de hechos, podría traer á referencias entre otros numerosos — pues sabe usted que en la eleccion está la dificultad — el de ese infeliz marinero guillotinado en París durante el año último, castigo afrentoso y sin otro de mayor extremo, que sufrió por haber cometido uno de esos horribles crímenes de los que el vulgo, profundamente emocionado, suele decir en su lenguaje rudo y expresivo que sólo brotan de una fiera, y cuya calificacion nosotros podremos acentuar más aún añadiendo que ni en el instinto de las fieras cabe, porque hemos de reconocer que más léjos, pero

múcho más léjos que la alevosia del criminal y el ensañamiento de la hiena, alcanza el vértigo destructor del infeliz loco.

Yo lei en un periódico nuestro la referencia del suceso que tanto consternó á la ciudad de los placeres. Recuerdo aquella espeluznante descripcion, tan rica de frase y colorido que, leyéndola, parecia verse al asesino ooger la inocente niña de cortos años, atropellar con brutal impulso crótico su tierno cuerpecito, descuartizarlo luego, despararrar en la chimenea sangrientos pedazos, meterse miembros en los bolsillos y saciarse con horribles detalles, hasta que, en indescriptible grado de ferocidad, fué sorprendido por la policia.

Recuerdo que despues sucedió lo de siempre; la indignacion general, la cólera de la sociedad herida rugió como una tempestad sobre la persona del culpable mientras duró el proceso, hasta que el rayo fulminado por la justicia cayó sobre la cabeza del asesino y le confundió con el polvo inerte. Y, por último, recuerdo que más tarde aún, registrando la ciencia en el laboratorio el despojo de la máquina cerebral, vió allí confirmado, por medio de testimonios evidentes, lo que ya el mentalista había sostenido fundado en multitud de consideraciones médicas; es decir, que aquel desgraciado Menesclou era uno de tantos locos, trastornado por un vértigo genésico, por ese vértigo que, en mi concepto, debe fijar de un modo interesante la atencion de cuantos se preocupan con el estudio del hombre criminal, porque es sin duda uno de los que imprimen rasgos más característicos á sus destrozos.

Este hecho, que se repite algunas veces, no por falta de inteligente aviso, sino por sobra de ofuscación, merece ser atacado con energía por los que, consagrándose al culto de la verdad científica, advierten lo funesto de esa inconsecuencia que reina entre el dictámen pericial y el fallo del juez, entre la exculpación proclamada por el mentalista y la condena que se cumple en el patíbulo, la cual, al herir de muerte al criminal, deja también herida á la ciencia de la razón, cuyos principios desprecia como falsos, ó si estos son ciertos, á ese custodio que pretende regular, tranquilo y sin enconos, los derechos y deberes del hombre con sus semejantes: la justicia humana.

Y es propósito cobarde querer disimular ó reducir la gravedad de este conflicto; la seriedad y la justicia reclaman acometer su exámen con decisión y apreciar su gravedad con exactitud, pues urge averiguar si los manicomios encierran á título de locos hombres responsables, ó si el veredicto utilizado por la ley supone conscientemente una terapéutica rematada para extinguir ciertas formas de locura, sospechas ambas que no podemos aceptar como sacerdotes de la ciencia, ni como profesores honrados, ni como simples individuos de la humanidad.

Y no las podemos aceptar como hombres de ciencia, porque nosotros los médicos que, luchando porfiadamente año tras año contra los errores y preocupaciones de la sociedad, hemos arrancado de los calabozos y librado de los suplicios la mayoría de esos individuos que hoy pueblan los manicomios, á cuyo triunfo ha hecho justicia más tarde la misma sociedad tributándole aplausos infinitos, no debemos

ceder de la obra, aún no completada, sin reclamar nuestros derechos sobre los otros afectos mentales, para cuya propiedad nos autorizan los mismos títulos de siempre, y cuya victoria ha de ser tanto más gloriosa cuanto es más disputada por las dificultades que la rodean.

Y como cuadra á esforzados paladines, debemos combatir aprovechando las ocasiones todas que se nos presenten de dar la batalla, haciendo, en fin, lo que hacen esos pueblos invadidos por extraños opresores que, acosando sin tregua á sus enemigos y no omitiendo recurso alguno favorable para la lucha, pelean hasta que han conquistado el último palmo de terreno donde se habla el propio idioma y donde se respira el aire querido de la patria.

Tampoco podemos admitirlas á fuer de hombres honrados, porque lastima la hidalguía de nuestra conducta aceptar que muchos de los séres á quienes recluimos en los manicomios apartándoles de sus familias, contrariando sus deseos, dañando sus afecciones y privándoles de sus derechos civiles, sean juzgados por la ley como individuos de completa razón, y en su consecuencia aptos para reconocer y cumplir los deberes sociales.

Y, por último, no las podemos tolerar como miembros de la humanidad, porque si ese sentimiento que brota natural en el corazón del hombre generoso y fortalece todo código moral, el de oponerse á los estragos del error, muévenos á sacar de su extravío al que amenazará descargar mortífero golpe sobre un inocente á quien juzgara culpable, aparece para nosotros más grande este deber cuando los amenazados del castigo son enfermos incapaces de ope-

ner defensa, y que por ley natural reclaman la protección del médico como la de su primero y más firme amparo.

Ahora bien: ántes de alcanzar las reformas necesarias en el Código, ántes de recabar el triunfo apetecido, nos interesa sembrar en la conciencia de los intérpretes de la ley cuanto hay de justo y civilizador en nuestra doctrina. Las revoluciones científicas, como toda otra revolución humana, no arraigan en el campo de los hechos ni producen los frutos apetecidos si previamente no han conquistado el sentimiento público; y esto no podemos conseguirlo sin realizar una propaganda encaminada á que los altos poderes que legislan, las autoridades que fallan y el público en general que clamorea se cercioren de aquello mismo de que nosotros estamos convencidos, duden de aquello de que nosotros dudamos, y como nosotros, en fin, escudriñen ese admirable escenario del cerebro, comprendan la génesis de sus funciones, la armonía de sus facultades, y, por consiguiente, los infinitos modos como puede perturbarse su juego.

Y no se nos arguya que la frenología oscila inquieta entre multitud de hipótesis, que se discuten sus más firmes doctrinas, que atraviesa un período de evolución, origen de frecuentes cambios, y que son, en fin, muy pocos los principios suyos que pueden estimarse como piedras angulares definitivamente asentadas para la construcción de ese edificio que ha de cruzar inalterable los siglos, siendo el depositario de una ciencia pura; pues de admitir esta objeción, forzoso sería demoler, por identidad de razones, hasta los más delicados fundamentos de nuestra condición social.

Y si no quiere creerse este aserto, recórranse las Aca-

demias, los Ateneos y cuantos centros de discusiones sábias existen, hojéese todo ese mar de periódicos, revistas, folletos y libros que, en incesantes y formidables oleadas despiden las prensas, aquellos y éstos destinados á juzgar cuanto hacemos, cuanto discurremos y comentamos, y por do quiera observaremos con cierto pavor que, desde los más sencillos experimentos de la física hasta las más abstrusas especulaciones de la filosofía; desde esa esfera de tierra y agua que golpeamos con nuestros piés y nos arrastra en las órbitas que describe á través del espacio, hasta esa concepción suprema de la Divinidad que se alza sobre nuestra frente y nos arrastra á pensar en vidas eternas; desde ese principio político que sirve de eje á la organización de un Estado, hasta ese movimiento protoplasmático que sirve de eje á la organización de la célula, todo, absolutamente todo se desarrolla, se metamorfosea y se discute.

Y cuando esos físicos y filósofos, cada vez más discordes sobre los problemas de la fuerza y la materia; y cuando esos naturalistas é ideólogos, que todavía no han llegado á ilustrar los más grandes misterios que encarna la creación entera, desde el origen de los mundos hasta el origen de las especies; y cuando esos doctrinarios que acomodan la vida de un Estado á fórmulas condenadas por las restantes escuelas; y cuando esos médicos rehacios que acometen los trastornos de la enfermedad con medicaciones enérgicas que cambian sin descanso, viéndose mañana calificadas de mortíferas las que hoy se reputan de salvadoras, y cuando á tenor de estos, en fin, otros muchos condenen las nobles, desinteresadas y humanitarias pretensiones de la frenología,

que tienden á librar del cadalso á unos pocos infelices claramente locos, y las rechacen basándose en las dudas y cambios que ofrece su doctrina, ¡ah! con cuánta razón no se les puede responder: ¿Con qué títulos de consecuencia y de justicia impugnais nuestras afirmaciones, hijas de nuestro estudio constante y de nuestra probidad sin tacha, vosotros los que basais todas vuestras doctrinas sobre cimientos tan frágiles y movedizos como son los nuestros; vosotros, los que os sentís rodeados por las nieblas de las dudas y de los misterios tanto como nos sentimos nosotros, y, vosotros, los que en cambios incesantes condenais hoy como falso lo que ayer defendíais como cierto, no de otro modo que nos sucede á nosotros?

Pero es más; los que entienden de frenopatía no pueden ni deben admitir que la ciencia de la razón carezca de esos principios inmutables y de esas leyes clínicas que la doten de tantas garantías como autorizan otras muchas ramas de los conocimientos médicos, la toxicología, por ejemplo, y que imponen sus consejos al fallo de los tribunales. La frenología hoy tiene ya plantados los jalones que marcan el emplazamiento de su edificio, ó, para más claridad, aseméjase al continente africano, de orillas ya precisadas, aún cuando en su interior existan parajes no explorados, lagos y ríos desconocidos, selvas inaccesibles, que representan para los intrépidos exploradores otros tantos problemas que resolver.

Cuando la honradez dirige nuestros actos y preside nuestras cavilaciones el amor á la justicia; cuando engendra la desconfianza el miedo al error, miedo que nos inspira esa

misma transformación incesante que ofrece el espíritu de la humanidad, siempre empeñado en continuas disquisiciones, siempre cambiando sus creencias de ayer para acomodarlas á los nuevos puntos de vista que ofrece el progreso actual; cuando el grito, en fin, de la conciencia trata de preguntarnos si lo que defendemos es falso, si todas nuestras aspiraciones tienden á desastrosa confusión entre la locura y el crimen, alentando así la esperanza de una impunidad fatalísima para el orden social, entónces vigoriza la fe en la causa que se defiende la consideración de que los mentalistas más afamados, es decir, los únicos iniciados y los únicos exploradores de los trastornos intelectuales del sér humano, profesan las mismas ideas y cierran sus escasas filas para luchar juntos contra ese temible adversario llamado el sentimiento público, que no es, de ordinario, más que un mantenedor obligado de graves errores, de esos errores que alimenta con su ignorancia, y abandona sólo por efecto de continuas y acabadas derrotas.

Yo creo que, transcurrido un largo periodo de años, cuando la humanidad fije su exámen en los tiempos de ahora, para entónces ya históricos, y juzgue este conflicto con ese análisis tranquilo y desapasionado con que despues de la victoria se aprecian todos los incidentes del combate, no acertará á comprender cómo se dudaba, cómo se desatendía y hasta se condenaba la doctrina de una ciencia positiva, de una de esas ciencias que mantenían sin cesar el asombro aún en los espíritus más indiferentes, cuando dicha doctrina trataba de oponerse á la ejecución capital de un desgraciado loco, y cómo pesaba más en el concepto pú-

blico la condenacion de un tribunal jurídico que el dictámen razonado de un frenópata eminente.

Y digo la doctrina de una de esas ciencias positivas, no obstante escandalice con tal afirmacion á muchos de sus detractores, porque entiendo que los mentalistas deben comenzar sus debates pidiendo que se les reconozca de un modo solemne, que ya no consumen los frutos de su pensamiento en aquellas controversias psicológicas, en aquellas disquisiciones escolásticas sobre dónde concluye la razon y comienza la locura, sino que hoy ya el médico alienista toma de la clínica y del laboratorio los fundamentos de sus conclusiones, que suma los hechos para deducir las leyes, y que, en vez de una dialéctica de relumbron y de sofismas, utiliza un lenguaje preciso y claro, como corresponde á exposiciones de carácter anatómico y fisiológico.

No puedo resistirme á transcribir las bellas frases con que el afamado mentalista Legrand du Saulle da comienzo á una de sus más interesantes producciones (1).

«Escuchad en 1878 el dictámen de un médico alienista ante los tribunales — dice — y advertireis que ya no se discute para saber dónde acaba la razon y comienza la locura. Las disertaciones filosóficas han caducado, la psicología ha desaparecido, el abogado se calla, el jurado escucha, el ministerio público procura ilustrarse, y el médico se impone... En otros tiempos se cortaba la cabeza de un criminal en nombre de una teoría muy discutida, de una duda

(1) *Les signes physiques des folies raisonnantes (état mental de Sandon).*— Paris, 1878.

filosófica y de desarrollo de conciencias; pero hoy se asila al criminal enfermo en nombre de la precision clínica, de la certidumbre científica y de una confianza incontestable. He aquí lo que hemos ganado desde que nos hemos vuelto menos psicólogos y mucho más clínicos.»

¡Sin duda que Legrand du Saulle, al expresarse así, no se referia tambien á aquellos otros casos en que el dictámen pericial era desatendido!

Ademas, debemos observar que la sociedad entera es sobrado injusta con los mentalistas al no reconocerles esa pericia que se consigue obtener precisamente sobre materias inapreciables para el vulgo, y que con tanta sensatez reconoce en cualquiera otra aplicacion de las facultades humanas.

Creemos á un marino cuando, atisbando horizontes para nosotros invisibles, nos asegura la existencia de nubes y barcos que en balde procuramos distinguir, y le creemos, porque estamos convencidos de que aquel ejercicio constante de la vista aumenta su poder visual; de igual modo observamos atónitos que el ciego, palpando relieves que para nosotros son casi insensibles, los precisa, los eslabona y los interpreta con exactitud y rapidez tales que le permiten hacer de ellos una verdadera lectura... y, sin embargo de esta perfeccion de sentidos y de facultades intelectuales que en cada arte, cada profesion y cada linaje de conocimientos se consigue, escasos son los individuos que no se creen con fuero bastante para discutir la existencia de una locura cuando el mentalista la afirma y ellos por impericia ó ignorancia la desconocen. Pues qué, ¿acaso olvi-

dan que precisamente una de las consecuencias más obligadas y útiles de la condición de especialista consiste en aventajar los conocimientos y alcances de la generalidad, llegando adonde ésta no llega? Y sucediendo así, ¿qué torpeza tan deplorable no supone y á qué errores tan deplorables no conduce semejante oposición?

Pero á bien que no debe extrañar el que los intérpretes de la justicia, y con ellos las demás clases de la sociedad, discurren y procedan del modo expuesto, cuando entre los más terribles adversarios que frente á frente tienen los alienistas, lo diré sin ambages, figuramos nosotros; es decir, la masa general de los médicos, quienes por haber aprendido con el estudio vertiginoso y superficial que hacemos dentro de las aulas algunos términos de chocante rareza, pero careciendo en verdad de toda sabiduría, siendo tan extraños dentro de un manicomio como lo puede ser cualquier adocenado novelista, y tan incapaces de interpretar las manifestaciones de aquellos asilados como lo es un individuo de interpretar los sonidos de un idioma que desconoce, nos escudamos, sin embargo, con nuestros títulos, y, aparentando á la sociedad una aptitud mentida, pretendemos luchar potencia á potencia contra los frenopatas, negando sus alcances, desautorizando sus pronósticos y rebelándonos contra sus aspiraciones.

¡Ah, mi querido maestro! Yo, que en mis escritos he tenido siempre el singular antojo de confesar mis errores, quiero recordar ahora que, cuando opinaba como uno de tantos, es decir, cuando sabiendo algo ménos que hoy me atreva, sin embargo, á mucho más, afirmaba de un des-

graciado, que allá en sus mocedades pudo conquistar reputación de ingenioso poeta y merecer el aprecio fraternal de ese espíritu melancólico cuya vida se deslizó por este mundo, como el sentimental nocturno que gime un piano se desliza al través de las sombras de un jardín, sacudiendo el ambiente triste y tenebroso de la noche, es decir, del inmortal Becquer, afirmaba de aquel desgraciado, repito, que sólo una perversidad de sentimientos, una relajación de su moral era lo que algunos peritos calificaban de locura. Yo recuerdo que analizaba sus actos, que veía lo ingenioso de sus imposturas, que juzgaba el egoísmo que le dirigía, y, sin embargo, este individuo que yo estimaba responsable, perecía dos años más tarde en el manicomio de su dirección á consecuencia de una parálisis progresiva de los enajenados; es decir, de una de las formas más claras de locura. ¡Cómo dudar, pues, de que á semejanza de lo que ocurre en el mar, donde hay siempre un horizonte remoto que sólo la vista perspicaz del marino divisa, así en el Océano de la locura existen zonas misteriosas que sólo el especialista puede distinguir; y de igual modo que á la sonrisa incrédula del pasajero suele responder confiado el marino pidiendo tiempo para que adelante la invisible nave, así el mentalista responde hoy lleno de certidumbre á los que dudan de sus juicios: «Esperemos que avanzando el mal salve esa zona, á la que sólo alcanza la investigación del perito, y después hasta el más escéptico palpará sus manifestaciones!»

Pero contra toda predicación esa resistencia continuará aún siendo titánica, porque no la mantiene sólo la ignorancia, sino también la reacción instintiva y poderosa que

brotada de la sociedad entera cuando siente el dolor de la herida que recibe en uno de sus individuos. Basta examinar lo que entónces ocurre para medir la dificultad del triunfo.

Véase en el centro de hirviente masa humana, siendo acicateado de enconadas iras y blanco de todas las agresiones, un hombre de rostro pálido y descompuesto, extraviada la vista, desgarradas las vestiduras, ciego, insensible, inconsciente unas veces y abrumado otras por el pensamiento aterrador de su crimen y la cólera vengativa que le rodea.

Véase en torno suyo el pueblo, á quien la indignación arrancó de sus hogares, distrajo de sus quehaceres y acumuló junto al culpable, como un soplo del huracán arrastra de sus escondrijos y barre del suelo cuanto despues voltea en sus remolinos; pueblo agitado que clava sobre el insensato sus iracundos ojos, que exalta la mente con el horror del crimen y se desborda con la inundación de su cólera, que atruena el espacio con sus imprecaciones y sacude los brazos con la expresión de la amenaza, y que más hostigado aún por las trabas que los agentes de policía le oponen al cumplimiento de su venganza, se revuelve, se atropella y maltrata á sí propio, convirtiéndose en un organismo sacudido por epiléptica convulsión, que se retuerce y lacera las propias carnes buscando con sus crispadas manos el corazón que le atormenta, de igual modo que cuando las impetuosas ondas chocan contra acantiladas rompientes, escupen á las nubes mangas de agua cenagosa y de turbia espuma que, al caer con estruendo sobre su propia masa, la golpean, remueven y sombrean como con negra tinta.

Más lejos aguarda ese tribunal austero que, poniendo

su vista en la cruz y la conciencia en el Código, se ciñe á la letra de la ley, protege los derechos establecidos y castiga las violaciones que se le hacen; juzga del crimen casi siempre de un modo abstracto; prescindiendo en su estudio del criminal, falla implacable y hace cumplir su condena.

Aparte, ahogándose en un Océano de dolor y desesperación, aturdida con el choque de aquel suceso horrible, de aquella pérdida irreparable, de aquella catástrofe enorme, tan aturdida como si hubiera recibido fuerte martillazo sobre la cabeza; muéstrase la familia, grupo de seres infelices condenados á la viudez y á la orfandad, trasportados bruscamente desde la dicha á la desgracia, desde el bienestar al sufrimiento, desde la satisfacción á la necesidad.

Más desviada aún, pero alzándose formidable como una altísima cordillera que cierra el horizonte y nos envuelve en la sombra que proyecta, se hace notar la prensa periódica, ese hijo vigoroso de la civilización, eco de la sociedad general que inquiere con avidez los sucesos, que rebusca las frases más ampulosas para pintarlos con fuertes colores, y concluye siempre protestando contra el agravio hecho á la moral y pidiendo el castigo del malvado.

Por último, llenándolo todo, calentando por todas partes como una atmósfera que abrasa, la misma sociedad ultrajada, que se estremece con la temeridad del criminal y que, llevada de su instinto de conservación, clama por que se aprieten los frenos que se oponen á los descarrilamientos del mal.

Ahora bien, contra esta convulsión del organismo social, ¿qué podrá conseguir el aspecto reposado del sacerdote-

te de la ciencia, predicando con acento solemne su doctrina y reclamando de la prudencia de aquel mismo cuerpo agitado proteccion para el causante de su dolor? ¿Qué engrandecimiento moral, qué cultura tan admirable no supone alcanzar la perfeccion de la justicia derrotando esos instintos que piden el rechazar la fuerza con la fuerza, y su triunfo por aquella virtud evangelica que aconseja responder con beneficios al mal que se recibe, testimonio de la perfeccion cristiana?

Pero imposible es manifestar este deseo sin que al instante no se alcen en torno nuestro gritos de alarma, sin que el temor á la reforma haga preguntar: ¿á dónde iríamos á parar con semejante doctrina? ¿Qué no ocurriría despues?

¡Ah! ¡Cómo desconocer estas frases, cuando son las que acusan la resistencia de siempre, esa resistencia que opone todo lo que se va á todo lo que se presenta; cuando son las que se escapan del individuo que desconfía y teme al progreso, creyendo que tras de toda innovacion se vienen sin remedio la anarquía y la muerte!

Pero estas exclamaciones que lanzan áun los más benévulos, grito de alarma de los que olvidan que el hombre camina tras de su anhelado perfeccionamiento, ¡cuántos millones de veces no se habrán proferido con otros motivos al parecer más solemnes, ante otras reformas más trascendetales! ¡Con qué mortal espanto no las habrán exhalado todos los que en el curso de los siglos han sentido conmoverse el edificio de su condicion social, desde aquellos augustos sacerdotes y veneradas pitonisas del paganismo, que

veían por un lado sus tradicionales dioses heredados de la Grecia y del Egipto, cayéndose de los altares á cuyo pié se habían prosternado centenares de generaciones, y sus monumentales templos de piedra grietearse al calor irradiado de otra divinidad, amenazando hundir en tierra las gigantescas rotondas, las severas cornisas y los labrados capiteles, y veían por otra desmoronarse aquellos arcos triunfales elevados al orgullo de sus héroes por un pueblo que se llamaba eterno, y aquellos inmensos coliseos que albergaban cientos de miles de seres, y cuyos sillares representaban montañas de granito, arrancadas de cuajo y trabajadas por miriadas de esclavos; y como si esto no bastase, aquella civilizacion, que se había templado al fuego de mil batallas gloriosas y había dominado la tierra conocida y atado los reyes á las cuadrigas de los tiranos triunfadores, ser reemplazada por otra civilizacion que había emanado de un oscuro judío, crisis radical toda ella que expresaba el tránsito de una etapa á otra etapa en la historia de las naciones; hasta el modesto obrero de nuestro tiempo, que contempla asustado sin comprenderlo cómo una resudosa máquina de vapor, moviendo con fuerza incontrastable sus férreos brazos al empuje de unos cuantos vasos de agua evaporada, empequeñece su propia labor y le arroja del taller, hecho que á su vez acusa el tránsito de una etapa vieja á otra nueva en la historia del trabajo; y sin embargo de estos cambios, y apesar de que los pueblos desaparecen y las civilizaciones se transforman, vése á la humanidad, no obstante se crea á cada paso comprometida, que gana sin cesar y que progresa sin descanso, depurando sus costumbres,

aumentando sus comodidades, perfeccionando su justicia, sorprendiendo los misterios de la Naturaleza, engrandeciendo su destino y acercándose más y más á esa concepcion gigantesca, á esa verdad que todo lo invade, á ese reino de la luz y de la bienaventuranza que nos llama constantemente á su seno, á Dios, en una palabra.

Y cuando nosotros, convencidos de esta profunda verdad, escuchemos las protestas que inspira el miedo, podremos calmar la angustia mortal del espíritu acobardado diciéndole tambien con acento de conviccion: — No tiembles ni dudes del progreso; ese rumor que desde la soledad de tu miedo crees percibir en lontananza, y que tomas por el estruendo de ciudades que se derrumban, es el estridor de los trenes que vuelan por los campos, de los martinetes que golpean en los talleres, del labrador que canta al surcar la tierra, del comercio que cambia sus productos, de la vida, en fin, que reina espléndida y grandiosa en la sociedad; y aquel resplandor que divisas en el horizonte y consideras claridad de los relámpagos, es el sol del progreso que alumbrá un pueblo culto que todo lo fia á la civilizacion y á la justicia.

Nada hay, querido amigo, que me persuada tanto de que tambien aquí la causa de la verdad y de la justicia ha de triunfar al fin, como el recordar lo que lleva conquistado la frenopatía; ni nada debe hacer desconfiar tanto á esos espíritus rehacios como la contemplacion de lo que han cambiado la creencias generales durante los tres últimos siglos.

Cuando el espíritu imparcial recuerda aquellos tiempos

de agitaciones religiosas en que desde los papas hasta los soldados, y desde los más ilustres representantes de la magistratura hasta los más esclarecidos cultivadores de la ciencia lanzaban á la chisporreante hoguera miles de infelices monomaniacos; cuando recuerda que desde las bulas pontificales á las disertaciones jurídicas, y desde los engendros literarios hasta los capítulos de la investigacion científica, concurrían todos los productos de la inteligencia á defender una misma tésis, á conservar un funesto error que castigaba con espantosa muerte muchas enfermedades mentales, y vemos hoy los heridos de aquellos mismos padecimientos no sólo amparados por la ley, sino que esmeradamente asistidos en gigantescos manicomios, ¿quién, á no pecar de ligero, sería capaz de sostener que ese impulso de redencion ha cesado, que esa ley eterna del progreso ya no se cumple, y que esa refulgente antorcha de la ciencia, que avanza desparramando siempre luz, se ha extinguido?

No debe creerse tal absurdo; falta aún por conquistar, como no podía ménos de suceder, la parte más escabrosa; es preciso desalojar el error y la preocupacion de esas trincheras en que todavía se batien; hay que persuadir al mundo entero de que las locuras razonantes, las impulsivas, las pasionales, la imbecilidad y la epilepsia en sus diferentes grados, etc., pertenecen al médico y al manicomio, como les pertenecen las manías más aparatosas; y todo esto se conseguirá cuando el nivel intelectual de la sociedad suba lo bastante y cuando la ilustracion de los consagrados al foro abarque la patologia mental.

Porque yo, mi querido amigo, no puedo creer que ese